

ARTE Y LITERATURA

RESURRECCION DE AMOR

“Yo siempre te he querido”—me dijiste,
 “tu amor fué brasa de oro en mi locura,
 por tí yo me hice buena, santa y pura
 y el ansia de mi amor no comprendiste”.
 Después, siempre llorando, te volviste
 tus labios los llevaste hasta mi altura,
 y al ver tu amor, tus labios, tu hermosura,
 yo la boca besé que me ofreciste.
 Luego dejé correr todo mi llanto
 en raudal de dolor, pristino manto
 que lavó mi pecado y mis acciones:
 Y tú, que por mí buena fuiste un día
 lloraste de cariño y alegría,
 viendo colmadas ya tus ilusiones.

Francisco-Emilio GARCIA

CREPÚSCULO EN ARAGÓN

(Momento)

Silenciosa la tarde se duerme
 en el lecho de plata del Ebro,
 mientras pulsan en cítaras verdes
 melodías de cuna, los vientos,
 y en el monte persiguen las sombras
 los destellos postreros de luz
 que vencidos se van por las lomas
 a las negras regiones de tul.
 Y los velos de noche solemne
 se deslizan con cauta emoción
 intentando cerrar en sus pliegos
 una jota que el sol se dejó.

José LLOBET

El único rincón poético de la ciudad fué bárbaramente destruído por los sin Dios. De lo que fué Plaza de la Iglesia, nada queda en pie. Los edificios que la constituían y le daban aquel sabor romántico han desaparecido, patentizando así la obra nefasta de aquellas turbas.

Dolor y nostalgia nos produce su contemplación, y es que en el regazo de aquella plaza había transcurrido nuestra infancia y nuestra juventud, es decir, toda nuestra vida.

Al contemplarla ahora, la recordamos como en una lámina medieval.

La mole de la Iglesia semejábese a un castillo feudal, pues las calles de acceso en sus partes de levante, mediodía y poniente, la elevaban como la situación de aquellas nobles mansiones.

Los callejones laterales parecían los fosos que circundan los castillos. La calle que daba frente al portal mayor, tenía aspecto de puente levadizo. La plazuela de la prisión tenía todas las características de una plaza de armas,

La plazuela torturada

y el portal románico de la parte de poniente con la calle que le daba salida al campo, parecía la salida excusada del castillo.

Un destello de fantasía nos recuerda los sonidos simbólicos que en la plazuela de la Iglesia se cantaban, dando su conjunto una bella melodía mística y armoniosa.

En un caer de tarde de un día de mayo, cuando el sol ya a la puesta daba un tinte de oro viejo y cobre a los edificios y el cielo cubríase de un azul purísimo, recreaban nuestros oídos el murmullo y rumoreo que producía el branque de los árboles, al ser sacudido por un airecillo suave y primaveril, que tenía semblanza a los violoncelos y los bajos de una gran orquesta.

El silbar de multitud de pájaros que revoloteaban en torno del campanario, ejecutaban la parte de violines.

El tañer de las campanas hacía el papel del metal de la orquesta.

Las suaves voces que salían de la escuela allí emplazada, en el momento del rezo, tenían a su cargo la parte de clarinetes y saxos.

El sonido de las notas del órgano cooperaban a aquella armónica sinfonía, y las voces femeninas del coro de Hijas de María, que salían de la Iglesia hacían el cantable de la obra.

Solamente y de vez en cuando turbaba aquel silencio el sonido metálico que nos llegaba de la fundición próxima y que lastimaba nuestros oídos como los sonos desagradables de los instrumentos del Jazz.

Saturado de aquel ambiente, te encaminabas al campo y la naturaleza te ofrecía otro bello espectáculo con su tierra fértil y los frutos en sazón.

Quiera Dios que podamos gozar a no tardar del ambiente que se respiraba en aquella Plaza que hoy evocamos, con una paz duradera y feliz en la España, Una, Grande y Libre.

JAIME ARNAU